

venerandos, los recuerdos de los siglos heroicos de la Iglesia perseguida, y el valor de los tesoros espirituales que presentaba la capital del orbe cristiano. Así sucedió también a Lutero, el cual visitó todas las iglesias y demás lugares santos, creyó todas las historias santas que le contaron, y casi llegó á sentir que sus padres no estuviesen en el purgatorio para tener el gusto de librar sus almas, aprovechando las indulgencias que con poco trabajo podia ganar en Roma.

**Eyn geystlich edles Buchleyenn.  
von rechter vnderseyd  
vnd vorstand. was der  
alt vñ new mensche sey. Was Adams  
vñ was gottis kind sey. vñ wie Adā  
ynn vns sterben vñnd Christus  
erstein fall.**



Facsimile de la portada del libro de Tauler: «Teología alemana», que fué la primer obra publicada por Lutero, en 1516. Tamaño del original, que se conserva en la colección Klemm

De regreso á su convento, su mayor cuidado fué hacer los rezos suspendidos durante la evacuación de su cometido, sin olvidar los ayunos, que continuó con grave riesgo de su salud, la cual gracias á su constitución de hierro resistió al exceso del trabajo y á todas las mortificaciones. En 1512 fué nombrado subprior del convento de Wittenberg y en 1515 vicario de distrito de los once conventos de Meissen y de Turingia; cargo que le obligaba á ocuparse en multitud de asuntos relativos á la disciplina, á los derechos y economía de los conventos, en la dirección de una pesquería y en la formalización de la contabilidad, que enseñó á su amigo Lang, prior de Erfurt. No por esto descuidó sus estudios teológicos, ni sus cátedras, ni los dos pulpitos sagrados, antes bien, armado

ya de la fe en la divina gracia, presentóse en el púlpito, en la cátedra y en la correspondencia con la seguridad varonil del hombre convencido y tranquilo. Como en su tiempo Colet, principió Lutero en la universidad á explicar los textos sagrados, los salmos, las epístolas de San Pablo, el Libro de los Jueces, etc., sin faltar al púlpito, predicando ya diariamente, ya dos y hasta tres veces al día. Formaba el alma de sus sermones lo que llamaba «el camino corto», á saber: la justificación que Dios concede á los que creen en Cristo, convicción que tanto le había costado encontrar y que á la sazón encontraba ya en la Biblia, especialmente en los escritos de San Pablo y en los salmos, ya en las obras de San Agustín, y no menos en las del misticismo alemán. La doctrina de San Pablo sustentada por los humanistas en contraposición á los escolásticos debió su resurrección definitiva á Lutero, que por lo mismo tuvo que aceptar todas las consecuencias lógicas de San Agustín, el cual basado en su propia experiencia de la divina gracia, había proclamado con energía inflexible la falta de libertad y de fuerza en el hombre. Supónese con razón que el alma de Lutero, poco satisfecha, se vió entonces impulsada al misticismo alemán, que había pasado poco menos que inadvertido. Staupitz, partidario entusiasta de San Agustín, acabó por aceptar hasta la doctrina de la predestinación mas absoluta, y sus escritos demuestran la gran influencia del misticismo, mientras Lutero con todo su entusiasmo por los sermones de Tauler y por la llamada «teología alemana» de este autor, que publicó fragmentariamente en 1516 y por completo en 1518, se mantuvo siempre libre de aquel misticismo afeminado, cuyo espíritu panteísta no se armonizaba con su carácter, solo accesible al amor vivo con que el misticismo consideraba la relación del hombre con Dios, y al modo característico con que en el idioma alemán se expresaban los sentimientos religiosos. Al poner Lutero á Tauler sobre todos los teólogos de escuela, y al ensalzar la teología alemana como la mas sana y la mas conforme al Evangelio, nos introduce en la lucha sistemática contra la escolástica, que entonces había comenzado, sin sospechar que pronto le llamaria el destino desde la mezquina lid de controversias doctas á un campo de acción mucho mas vasto.

En ninguna parte resalta mas la diferencia fundamental que existía entre Lutero y los humanistas que allí donde ambos pelean con el mismo adversario. El fraile Lutero está muy lejos de querer derribar á Aristóteles para entronizar á Platón ó un cristianismo platónico. La tendencia pelagiana de la filosofía escolástica estaba en el concepto de Lutero personificada en Aristóteles, que empezó á inspirarle viva aversión, tanto que estaba dispuesto á confundirle con el mismo diablo; pero esta aversión solo estaba fundada, como hoy consta, en la autoridad lamentable que el filósofo griego había adquirido en la religión cristiana, porque Lutero, á pesar de sus violentos ataques á los escolásticos por sus necios y vanos trabajos, sin exceptuar de esta crítica ni á sus mismos maestros Trutfetter y Usingen, conservó toda su vida gran parte del método y no pocos conceptos escolásticos. Pero entonces en el primer ardor de su criterio teológico independiente no miró si insultaba á los teólogos de Erfurt ni á sus propios colegas é hizo demostrar por sus discípulos en las disputaciones públicas el ningún valor de la ciencia eclesiástica corriente, y que solo se podía llegar á ser teólogo prescindiendo de Aristóteles, que era á la teología lo que las tinieblas á la luz. En sus lecciones en la universidad comparaba á los predicadores filósofos petulantés con ranas que se movían y graznaban en asqueroso pantano.

Mientras Staupitz se ganó en Nuremberg con sus sermones sobre la predestinación y su amable y aun bajo el hábito distinguida persona, los corazones de sus oyentes mas va-

lios, su protegido Lutero llegó á convertir en Wittenberg á sus colegas archiescolásticos Andrés Bodenstein (Carlstadt) y Amsdorf á su modo de ver, de suerte que en 18 de mayo de 1517 pudo escribir á su amigo Lang: «Nuestra teología y San Agustín ganan terreno y reinan en nuestra universidad; Aristóteles va cayendo mas y mas, y el que no quiera explicar esta teología, es decir, la Biblia, San Agustín ú otro doctor verdadero de la Iglesia, que no cuente con oyentes.» Este no era el renacimiento del cristianismo que se habían propuesto Erasmo ni mucho menos Muciano. Lutero, que pasaba por partidario de Reuchlin, no titubeó, sin embargo, en calificar las «Epístolas de los hombres oscuros» de obra de un bufón y en negar á las virtudes de los paganos mas nobles é ilustres toda afinidad con la justificación verdadera. Cuanto mas estudió y profundizó los escritos de Erasmo, mas se convenció de que aquella gran lumbrera no estaba conforme con él en la cuestión para él capital, y así escribió en 1.º

de marzo de 1517 á Lang: «Mi simpatía por Erasmo disminuye rápidamente; lo humano le importa mas que lo divino.» Entonces señalaba Lutero ya como un error peligroso, sobre todo en vista de la autoridad que Erasmo gozaba, la importancia que éste concedía todavía al libre albedrío, mientras Lutero solo veía la divina gracia.

En aquella época se nota en Lutero un aumento de independencia y de valor de opinión que se manifiesta al través de una humildad casi exagerada, que bien puede atribuirse á la costumbre monástica y en parte al misticismo. Por primera vez abordó entonces la gran cuestión de la reforma de la Iglesia; en sus lecciones señaló abiertamente, y en sus sermones con alguna delicadeza, todos sus defectos, sin temor y con aquella franqueza que despues le hizo irresistible y que recuerda el lenguaje del predicador Geiler de Kaisersberg. Entonces preguntó también lo que habrían dicho los cristianos en la época de sus mártires si un profeta les hubiese



«El perdón verdadero de los pecados y el perdón falso.» Grabado en madera de Juan Holbein, el menor

hecho ver á los primeros obispos del porvenir derramando sangre cristiana para labrar el dominio temporal de los obispos de Roma. «Tocante á profanación de lo sagrado somos tan malos como los turcos y aun peores,» dijo, y á Spalatino escribió que ser obispo era en su tiempo lo mismo que llevar una vida como la de Grecia, de Sodoma y de Roma. Atacó también con robustas sátiras las exageraciones religiosas del pueblo en su culto de los santos, en sus hermandades y romerías, y en un sermón recomendó el palo como el mejor dedo de Dios para curar á las mujeres y criados que pretendían estar inspirados por el Espíritu Santo en las romerías. Verdad es que al mismo tiempo pidió la obediencia ciega y rígida que reinaba en los conventos y abominaba toda separación herética é insolente de la Iglesia. Entonces podía considerarse á Lutero como otro de los partidarios de aquella oposición eclesiástica ortodoxa hija del movimiento conciliar del siglo xv y que había tenido desde aquel tiempo algún continuador. «Era simplemente Lutero entonces una notabilidad en su orden y en la universidad, cuyo fundador empezó á interesarse por él. El capellan de palacio y secretario del príncipe elector, Jorge Spalatino, ó mejor dicho Jorge Burkhard, natural de Spalt, buen humanista del grupo de Muciano, era gran admirador de Lutero, al cual consultó hasta sobre el proyecto de su soberano de conceder á Staupitz un obispado. Lutero le contestó autorizándole para comunicar su contestación al príncipe: «A tu soberano gustan muchas cosas que no gustan á Dios y que Dios desprecia;» «podrá ser (el príncipe), dice luego, el varón mas sabio en cosas terrenales, pero respecto de Dios y de la salud de las almas es siete veces ciego.»

Así escribía Lutero en 1516. Compárese este lenguaje con

la cortesía y cautela con que se expresó Erasmo y con su recomendación y la de Muciano de guardarse mucho de decir la verdad fuera de tiempo. Pero al fin llegó la ocasión en que convenia «poner el cascabel al gato,» y lo que jamás habría realizado la «filosofía de Cristo,» lo emprendió impulsado por su conciencia el impávido fraile Lutero, que teniéndose por adalid verdadero de Cristo, no se espantaba de tumultos como Erasmo y como había manifestado á un compañero de su orden, estaba dispuesto á cargar «alegremente con las penalidades como si fuesen reliquias santas.»

La contienda sobre las indulgencias, que fué causa inmediata de la destrucción definitiva de la unidad de la Iglesia, tiene de particular que la sostuvo el pueblo alemán, cuando la concesión de indulgencias era en realidad una costumbre derivada de un antiguo uso germánico que permitía al hombre libre, fautor de algun desaguasado brutal, librarse de la venganza del perjudicado ó de su familia y tribu pagando cierta indemnización. Los teólogos de la Edad media introdujeron este uso en la vida religiosa, haciendo que el pecador pudiese redimir sus pecados y agravios hechos á Dios, á la Iglesia ó á sus semejantes, ganando de una manera ú otra indulgencias. A pesar de este origen, la doctrina de las indulgencias á principios del siglo xvi todavía estaba sujeta á muchas objeciones.

Intimamente relacionada con la doctrina de la penitencia incluida por Pedro Lombardo en el siglo xii en el número de los sacramentos, llegó á ser la columna mas formidable del edificio eclesiástico; porque para el hombre creyente era cuestión capital la remisión de los pecados, que continuamente se renuevan, y el restablecimiento de las buenas rela-

ciones con Dios, turbadas siempre de nuevo. Por consiguiendo la adquisición de las indulgencias tenía la importancia de una condición principal de la absolución dada por el sacerdote que solo en casos extremos podía dispensar del cumplimiento de aquella condición, pues se le suponía en el ejercicio de sus facultades guiado por el Espíritu Santo. El perdón de los pecados y la exención de las penas eternas estaban reservados á Dios, pero el sacerdote era para el que se confesaba el «órgano de Dios,» es decir, un juez mas imponente que cualquier juez terrenal. El fraile agustino Juan Paltz aseguraba que Dios era mas dadivoso y mas misericordioso por medio de los sacerdotes que por sí, pues que concedía mas beneficios por el intermedio de ellos que sin él. El pecador encontraba en la competencia del sacerdote un medio cómodo para obtener la remisión de sus pecados sin necesidad de cumplir con la condición poco menos que imposible de la verdadera contrición, que debía preceder á la confesión. La falta de esta contrición, que es efecto de la abominación del pecado por solo el amor á Dios sin motivo egoísta alguno, la suplía la virtud del sacramento y de la absolución del sacerdote; y á la fuerza de esta contrición se sustituía el simple arrepentimiento (*attrición*), al cual se puede dar un sentido muy lato, haciendo pasar por tal un simple suspiro ó sentimiento momentáneo. Esta era la opinión corriente, aunque no sin que se levantasen voces contra ella.

Las penas temporales impuestas al que recibía la absolución no se extinguían nunca completamente en esta vida, y las no cumplidas debían extinguirse por el alma del pecador en el purgatorio, cuyos tormentos excedían en crueldad á cuanto el hombre fuera capaz de imaginar; y como las almas condenadas no pueden por su sola fuerza abreviar aquellas penas, acudía á su auxilio la Iglesia con las indulgencias que desde las cruzadas había venido concediendo en gran escala. El golpe decisivo fué cuando el papado se arrogó el privilegio exclusivo del comercio de indulgencias, que hasta entonces había estado en manos de los obispos y sacerdotes. Despues salió la teología escolástica, en el siglo XIII, con el descubrimiento de que la Iglesia poseía un tesoro inagotable para la concesión de indulgencias en los méritos de Cristo, de su Madre, de los santos y mártires, tesoro cuya administración pertenecía al Papa; solo disientan las opiniones respecto sobre la cuestión de si el Papa podía desocupar todo el purgatorio, y si su poder en el otro mundo era efecto directo de jurisdicción ó si era efecto de su intercesión. Otros, entre ellos Gerson, encontraban que objetar á la concesión de indulgencias á difuntos; mas estas divergencias perdieron toda importancia ante la seguridad con que el Papa disponía de este tesoro místico y ante la introducción de las indulgencias de jubileo por el papa Bonifacio VIII, que una vez hecha se repitió á intervalos cada vez mas cortos y con facilidades cada vez mayores para los pecadores. Esta medida respondió perfectamente á las esperanzas que en ella se habían cifrado á pesar de todas las quejas y sátiras, porque el pueblo laico se valió con grandísima avidéz de las ocasiones de una salvación tan lata y poco costosa, atendido que el privilegio exclusivo é ilimitado permitía al Papa reducir el precio de la redención á un mínimo. En las bulas se decía que las indulgencias se habían de ceder solo á los que hubiesen confesado, pero se añadía que bastaba el propósito de confesar despues. Paltz dijo que se ponían estas condiciones para no dar lugar al error de que las indulgencias se obtenían solo pagando, pero que en realidad la eficacia de las indulgencias no dependía ni del arrepentimiento ni de la confesión, y que tocante á la fe que se exigía al que recibía las indulgencias bastaba que el interesado no despreciase el sacramento. Un escolástico recomendó las indulgencias en especial á los pe-

cautores que no podían abstenerse fácilmente durante todo el año de cometer algun pecado mortal, bastando para la eficacia de la indulgencia el abstenerse de pecados mortales solo un día y hasta solo una hora antes de confesar. Paltz aseguró que el alma del poseedor de una indulgencia de jubileo que muriese antes de cometer un nuevo pecado mortal volaría directamente al cielo. Respecto de la observación frecuente relativa al empleo del dinero que el Papa cobraba por las indulgencias, dijo el mismo Paltz que no había que cuidarse del uso del dinero gastado por una mercancía cualquiera, como, por ejemplo, ropas ó alimentos; que se decía que el Papa (entonces Alejandro VI) daba el dinero á sus hijos, y que aunque lo empleara en otros objetos distintos de los que había prometido, era obligación del público creer y no investigar.

No por esto cesaron las críticas ni las investigaciones, como hubo de observar con gran disgusto el papa Leon X cuando publicó su bula de indulgencias del 18 de octubre de 1517, para adelantar, segun decía, la construcción de la nueva basílica de San Pedro y la salvación de las almas cristianas. Leon X había heredado de su predecesor la concesión de las indulgencias de jubileo á favor de la construcción de la gran basílica. La bula del año 1509 había autorizado los sermones de indulgencias, las cuales desde entonces con ciertas prórogas habían sido en Alemania extraordinariamente productivas. Leon X no hizo mas que publicar en lugar de nuevas prórogas una bula nueva.

Leon era tan ávido de dinero como de distracciones de toda clase. Segun un diplomático veneciano, había dicho despues de su elección: «Disfrutemos, pues, el pontificado, ya que Dios nos lo ha concedido;» y tanto si lo dijo como si no lo dijo, lo cierto es que su conducta no desmintió esta frase. Otro veneciano escribió hablando de él: «Es religioso, pero quiere vivir.» La verdad por lo menos de la segunda parte de esta frase nos la confirman las relaciones de sus cacerías y la del embajador de Ferrara hablando del carnaval de Roma. En aquella ocasión el Papa hizo representar una comedia de Ariosto, para la cual Rafael pintó las decoraciones, y organizó corridas de caballos y de toros, torneos y justas. Despues de la representación, dió la bendición; pero la mayoría de los que asistieron, mas deseosos de comer que de bendiciones, corrieron atropelladamente á los comedores. Al día siguiente ocurrió al Papa hacer mantear á un fraile y darle azotes al descubierto. Se sabe que Leon X, rodeado de grandes artistas y de pequeños poetas, era en el fondo solo aficionado á la música, y en general incapaz de ocupar el puesto respecto de las artes que tanto distinguió y honró al papa Julio II. A Rafael encargó en 1516 que representara en una superficie mural del Vaticano la imagen en tamaño natural de un elefante que se le murió y cuya memoria quiso eternizar. Los mismos frescos de Rafael en las salas del palacio papal demuestran que Leon X, para cuya mayor gloria se representaron todos los hechos grandes ó notables de cualquiera clase de los papas, sus predecesores, que se llamaron tambien Leon, no comprendió el arte monumental y no pudo mirarlo desde el punto de vista elevado y sereno de su predecesor.

Verdad es tambien que aunque un mal Papa tenga afición á pinturas bellas, no por esto resulta mejor, y Leon, que tenía esta afición, era un mal Papa, aun teniendo en cuenta su época y las personas que le rodearon y haciendo abstracción de su política, excesivamente personal y falaz, y de su creciente descuido de los intereses del Estado de la Iglesia, pues sus despilfarros excedían todos los límites. Sus guerras y la liberalidad con que pagaba la satisfacción de sus aficiones y caprichos del momento devoraban todos los riquísimos recur-

sos que aflúan á sus arcas y que nunca bastaban. Si alguien le acompañaba en el canto, le hacía entregar cien ducados; la guerra por el ducado de Urbino devoró 700,000 ducados; la recepción que hizo á su hermano Julian y su joven esposa en Roma en 1514, costó 50,000 ducados; el casamiento de su sobrino Lorenzo en 1518, mas de 300,000 ducados, mientras la adquisición de Módena, feudo del imperio, no costó mas de 40,000. Los ingresos anuales de este Papa se estimaron en 400,000 á 500,000 ducados.

Leon X, como el emperador Maximiliano, estaba siempre falto de dinero, pero el Papa derrochaba en mayor escala y sabía tambien arbitrar mayores recursos que el emperador. El diezmo para la guerra iba produciendo poco, y entonces aprovechó un recurso que patentizó la corrupción de la corte romana en toda su desnudez pero que produjo al Papa súbitamente grandes sumas de dinero. Habíase formado en el seno del sacro colegio una conspiración contra la vida del Papa, conspiración que fué descubierta por la imprudencia del joven cardenal Petrucci, que estaba á su cabeza. Este fué llamado á Roma bajo la expresa garantía del Papa de respetar su vida y de perdonar á los demás culpables; pero Petrucci fué ejecutado y sus cómplices tuvieron que comprar su perdón con grandísimas sumas en metálico. Entonces tanto en Italia como en Alemania se levantaron voces diciendo que la conspiración había sido una farsa dispuesta por el Papa con el único fin de arrancar dinero. Otro recurso mas productivo todavia empleado por Leon X fué el nombramiento de 31 cardenales nuevos que pagaron en junto, segun los cálculos mas moderados, 229,000 ducados. Hay que decir por lo demás que muchos cardenales se habían formado una renta anual de 30,000 y mas ducados; la de Agustin Chigi, banquero del Papa, se estimaba en 70,000 ducados, y se comprende que bajo el gobierno de un Papa como Leon X capitalistas y banqueros ricos fueran personas principales en Roma y en la corte papal. Chigi, que era gran protector de los artistas, hizo adornar su quinta por Rafael y Sodoma y costeó la impresión en Roma del primer libro griego. Por otra parte, tuvo por querida á la cortesana mas célebre de Roma, y al contraer despues matrimonio con otra querida, tuvo la satisfacción de celebrar la ceremonia nupcial en presencia del Papa y de 14 cardenales. Ya el papa Julio II le había concedido su propio escudo de armas para agregarlo al de su familia, pues Chigi, además de banquero, era alto funcionario de la curia, como redactor de las cartas apostólicas, corrector de bulas y solicitador de breves.

El producto de los sermones ó sea de la propaganda de las indulgencias formaba un ingreso bastante importante del tesoro papal, no obstante que parte de este producto se quedaba en Alemania en manos del joven arzobispo Alberto de Maguncia, al cual había concedido Leon X en 1515 la exclusiva venta de las indulgencias á cambio de una prima respetable y de la mitad del producto corriente. El arzobispado de Maguncia había tenido que pagar el palio dos veces en poco tiempo, y el cabildo había elegido á Alberto, joven aficionado á las letras, á las artes y al fausto, porque éste se había obligado á pagar de sus propios recursos todos los gastos. A este fin Alberto tomó prestados de la casa de Tugger 30,000 florines, que pensaba pagar con el producto que le tocaba de la venta de indulgencias, en cuya venta y cobro acompañaban á sus agentes empleados de la casa de Tugger para asegurar el reintegro de su préstamo. Con esto puede formarse una idea del carácter indigno de este comercio, si bien todo iba revestido de un aparato tan solemne, que Miconio escribió que no podía haberse recibido á Dios mismo mejor que se recibió en todas partes al fraile dominico Juan Tetzel, comisionado para la venta de indulgencias,

cuando se presentó, ya en tiempo del papa Julio II, en Anaberg, en Sajonia, y supo hacer el negocio muy productivo con su elocuencia popular.

Sobre este agente de indulgencias corrieron malas voces respecto de su vida anterior, pero lo cierto es que su conducta no tuvo la importancia que despues se le ha atribuido y que no se excedió en ninguna parte de las instrucciones que había recibido del arzobispo elector de Maguncia, conforme han demostrado los historiadores tanto católicos como protestantes. De las cuatro clases de indulgencias ocupaba el primer lugar la indulgencia plenaria de todos los pecados, debiendo ir acompañada de arrepentimiento y confesión, que aseguraban el perdón de la culpa, mientras el dinero que se pagaba libraba del castigo; pero ya hemos visto á qué grado mínimo podía quedar reducido el arrepentimiento y que la confesión podía ser aplazada. La distinción sutilísima entre la remisión de la culpa y la de la pena se borraba natural-



Moneda de plata del papa Leon X

acuñada para la ciudad de Bolonia en los primeros años de su pontificado (tamaño del original, que se conserva en el Museo Numismático de Berlín)

mente en la imaginación de los que tomaban la bula de indulgencia, los cuales creían adquirir por su dinero ambas remisiones.

Este modo de ver era enteramente natural, pues se adquirían al mismo tiempo otras gracias como los breves confesionales (*confessionalia*), la participación en todas las buenas obras de la Iglesia y la remisión de las penas que hubieran merecido los difuntos, pues en este último caso quedaba claramente entendido que no podía haber ni arrepentimiento ni confesión. Así Tetzel podía decir con razón en sus sermones que por la cuarta parte de un florin se podía obtener un pasaporte seguro para la gloria eterna. Los breves confesionales concedían la libre elección del confesor, el cual quedaba autorizado para dar la absolución y la indulgencia ó remisión, una vez en la vida y habiendo peligro de muerte, hasta en los casos reservados al Papa y á los obispos. Estos breves eran, pues, una seguridad muy cómoda de salvar su alma, sobre todo para los que no pensaban cambiar de conducta hasta última hora; por manera que tiene razón Dieckhof (1) cuando dice que había perdido toda su importancia la lucha del cristiano contra el pecado en general y la abstención hasta de vicios y pecados grandes en particular.

Todo esto era la verdadera y palpable antítesis de las ideas religiosas desarrolladas en el ánimo de Lutero, y de aquí vino el conflicto, pues el futuro reformador desde el año 1516 estaba hablando en sus sermones de la doctrina y práctica de las indulgencias, de la vaguedad de la teoría y de sus funestos resultados. Su práctica eclesiástica le fué confirmando lo peor que hasta entonces había llegado á sus oídos, y muchas personas, conocidas y extrañas, le comunicaron sus escrúpulos sobre las indulgencias y particularmente sobre las predicaciones de Tetzel y sobre el letrado que éste dicen que

(1) Profesor de teología protestante, etc., y autor de varios escritos sobre la reforma protestante y Lutero. (N. del T.)

llevaba en su carro y que decía: «Al caer el dinero en el arca, sale el alma del purgatorio y entra en la gloria.» Tetzl negó despues haber puesto en el carro semejante letrado ni haber usado tal expresion, pero el dominico Silvestre Prierias (Silvestre Mazzolini de Prierio), personaje distinguido de la curia pontificia, adopta la misma frase en su polémica con Lutero y la declara muy conveniente en los sermones para fomentar la venta de indulgencias. No eran, sin embargo, algunos abusos y excesos en la práctica, sino en primer lugar la misma doctrina de la venta de las indulgencias lo que llamaba la atencion de Lutero, puesto que se trataba de la relacion que existe entre Dios y el hombre, base de todo el poder de la Iglesia. Comprendió Lutero vagamente su posicion respecto de la Iglesia y esto debió de inspirarle la idea de consultar á los doctos para salir de dudas. Con esta intencion, dice Bratke, en 31 de octubre de 1517 anunció sus 95 tesis en un cartel fijado á la puerta de la iglesia del castillo

de Wittenberg, y envió copia de ellas y una exposicion quejándose de la escandalosa conducta de los comisionados para la expencion de indulgencias, á sus superiores eclesiásticos el obispo de Brandeburgo y el arzobispo de Maguncia.

En vano se ha querido disminuir la magnitud de este gran acto histórico diciendo que nada de grande ni de heróico tenia, pues que entonces era costumbre suscitar discusiones teológicas exponiendo de esta manera al público las tesis que se querian someter á controversia. El ataque á costumbres y usos de la Iglesia si se apartaba del terreno ortodoxo podia tener consecuencias gravísimas para su autor; y que este peligro existia lo probaba la maliciosa alegría de los dominicos, de cuya órden habian perecido varios miembros poco antes en la hoguera, y que despues de haber publicado Lutero sus tesis decian triunfantes que á la sazón tocaba arder á los agustinos.

Las 95 tesis publicadas por Lutero con el deseo expreso



Moneda de plata con el busto del cardenal Alberto de Brandeburgo, príncipe elector de Maguncia. 1526. Tamaño natural

Inscripcion del anverso: *Dominus . mihi . adiutor . quem . timebo . ann . aetat . XXXVII .* — Reverso: En el centro el escudo de armas de Brandeburgo, en cuyo centro se ven los pequeños escudos de Magdeburgo, Maguncia y Halberstadt. Detrás del escudo figuran cruzados el báculo episcopal y la espada (signo de alta jurisdiccion) con la punta dirigida hácia abajo, como la usaban en sus escudos de armas todos los príncipes eclesiásticos, y encima el sombrero de cardenal. — Conservarse en el Museo Numismático de Berlín.

de «hacer brotar la luz,» no presentaban á su autor como herético sino como teólogo que queria ilustrarse por medio de la discusion, y que á pesar de la forma escolástica que seguia no ocultaba que, sin adherirse á la tendencia eclesiástica rígida de la ciencia teológica, estaba lejos de pensar en querer oponerse á la Iglesia, ni menos en atacar el primado del Papa. Tan lejos estaba Lutero de la idea de condenar, como Juan de Wesel, las indulgencias por vanas y sin ningun valor, que anatematizó á los adversarios radicales de las indulgencias del Papa.

En ninguna de las 95 tesis se encuentra planteada claramente la seguridad de nuestra salvacion como la entendió Lutero; pero ya á la cabeza de las tesis encontramos la de que Cristo, al querer que se hiciese penitencia, entendió que toda la vida del creyente debia ser una vida de penitencia; y en la tesis 62 sostiene lo que despues calificó de error el cardenal Cayetano, legado del Papa, esto es, que el verdadero tesoro de la Iglesia era el sacratísimo evangelio de la magnificencia y gracia de Dios. Mas importantes para hacer producir á las tesis efecto inmediato fueron los «sutiles argumentos» que la gente laica, á consecuencia de la conducta de los predicadores de indulgencias, oponia á este comercio, y que Lutero comprendió en sus tesis; y mas eficaz resultó el tono popular de muchas tesis, como cuando dice que mejor seria dar limosna á los pobres y no malgastar lo que se emplea en comprar indulgencias. El que pasa delante de un pobre sin socorrerle y gasta su dinero en indulgencias se expone á la ira de Dios; y el Papa, si conociera las extorsiones de los predicadores de indulgencias, dejaria que la iglesia de San Pedro se pudriera antes de edificarla con la san-

gre de sus ovejas, siendo obligacion suya vender hasta la misma iglesia de San Pedro para socorrer con su producto á aquellos á quienes habian extraido su dinero los predicadores de indulgencias.

Estas ideas publicadas por un miembro notable de las órdenes mendicantes y además distinguido profesor alemán de teología, no pudieron pasar inadvertidas; y en efecto, si entre los colegas de la universidad y entre los hermanos de su órden prevalecieron escrúpulos timoratos, las tesis recorrieron, como dice Miconio, «en cuatro semanas casi toda la cristiandad, como si los ángeles les sirviesen de mensajeros.» Tan rápida propaganda espantó á Lutero, que como aseguró al obispo Sculteto de Brandeburgo, no trataba de afirmar sino solamente de discutir. Pero nadie se presentó para sostener la discusion contra las tesis, y en cambio fueron en aumento los signos precursores de una lucha cercana, agrupándose contra Lutero, segun expresion de éste, en primer término los judíos y sofistas, es decir, los vendedores y predicadores de indulgencias y los escolásticos, mientras por otro lado se empezaron á mover mas ó menos vagamente elementos de oposicion humanista y popular; por manera que Lutero no tardó en observar que no estaba solo, que su obra ya no le pertenecia exclusivamente y que además de la gente docta y de la eclesiástica, el pueblo queria hacer oír tambien su voz. Esto alentó á Lutero; y al ver el serio aspecto que presentaban las cosas, se convenció de que tenia sobre sus hombros una mision divina (1), pues así se desprende de

(1) De lo que se convenció fué de que para evitar el castigo tendria que retractarse ó apelar á la guerra religiosa, y prefirió lo último.

(N. del T.)

sus cartas que entonces escribió y solia firmar «fray Martin Eleuterio.» «Es imposible, escribia en 11 de noviembre de 1517 á su amigo Lang, poner algo nuevo sobre el tapete sin exponerse á ser calificado de petulante y disputador, como ha sucedido hasta á Cristo, á los mártires y al apóstol San Pablo, cuyo sermón excitó la bilis de los judíos y fué calificado de necio por los griegos;» que como á este apóstol le mostraba tambien á él el Señor cuánto habria de sufrir por su nombre, «pues á no ser así, decia á Link, hermano de su órden, en 10 de julio de 1518, me habria podido poner en boca otra cosa.» Persuadidísimo estaba de que el peligro material y el vilipendio eran señales ineludibles en su tiempo, como en los primeros tiempos del cristianismo, de la verdad divina del Evangelio. Se burla de las amenazas de sus enemigos, que á lo mas podian destruir su mísero cuerpo pero que ningun poder tenian sobre su alma. Esta seguridad procedia de la conviccion «de que por nosotros no somos nada, y si algo

podemos es por la gracia de Dios.» Por lo mismo, en su interior, segun contó despues ingenuamente, declaró á Dios responsable de cuanto él, pobre criatura, hacia y pudiera hacer.

El obispo de Brandeburgo no encontró en las tesis nada que no fuese católico, y se limitó á aconsejar á Lutero que se abstuviera de nuevas publicaciones; pero el arzobispo Alberto de Maguncia habia remitido las tesis á Roma, vituperando á la verdad al mismo tiempo la conducta de algunos agentes de indulgencias que habian perjudicado su «negocio sagrado,» y haciendo formar causa al «insolente fraile de Wittenberg.»

El clero de Roma, contra lo que se ha dicho mas de una vez, tomo en serio este asunto importante; el dominico Mazzolini de Prierio rebatió las tesis de Lutero de una manera áspera y ruda, llamando á su contrario leproso é hijo de perra, tono que despues manejó tan admirablemente Lutero.



Taler de plata de Federico el Sabio, príncipe elector de Sajonia (tamaño del original)

Anverso: En el centro el busto del príncipe, y la inscripcion circular, dividida por cuatro escudos de armas: FRD . DVX . SAXON . S . RO (mani) . IMP(erii) . ELECT(or) . — Reverso: En el centro una cruz adornada con las letras CCNS (*Crux Christi Nostra Salus*), luego alrededor las letras MDXXII, que componen la cifra del año 1522; inscripcion circular exterior: *Verbum . Domini . manet . in . aeternum*. — Conservarse en el Museo Numismático de Berlín.

Prierio, como Tetzl en sus antitesis, defiende la infalibilidad del soberano pontífice y manifiesta en su segunda polémica el horror que inspiraba á un escolástico encanecido un hombre que se atrevia á menospreciar, no solamente á Santo Tomás, sino hasta á un Aristóteles, «admiracion del universo.» No eran, por cierto, estas las instrucciones del Papa, que en febrero de 1518 encargó al nuevo general de la órden de San Agustin que «calmara á aquel hombre.» Se comprende que Leon X creyera que las cosas no llegarían al extremo, porque otras tormentas mas recias que aquella habian pasado sobre la Iglesia; y la de las tesis de Lutero pareció en un principio bastante insignificante. Pero el recuerdo de la terrible revolucion de Bohemia en el siglo anterior no se habia borrado de la memoria de la curia, y por lo mismo, el legado Cayetano, en sus instrucciones del 5 de mayo de 1518, recibió el encargo de acabar de reducir á la obediencia, no solamente la Bohemia, sino tambien los territorios vecinos contagiados de la ponzoña herética. Con este objeto el Papa puso tambien la causa de herejía incoada contra Lutero en manos del obispo de Ascoli y de aquel celoso y activo Prierio, los cuales en 7 de agosto citaron á Lutero para que se presentase dentro de sesenta dias ante el tribunal á dar sus descargos.

La lucha entablada, en lugar de intimidarle, excitó los bríos de Lutero, y paso á paso se fué haciendo patente cuánto le habian desviado de la creencia católica dominante aquellas luchas interiores en las cuales de nada sirvieron los recursos usuales de la Iglesia. Al propio tiempo se aumentaron las señales favorables que le animaron á mantenerse firme, porque mientras le atacaban Tetzl, Prierio y Eck con sus polé-

micas escolásticas, los estudiantes en Wittenberg quemaron las antitesis del primero, lo que hizo decir á Lutero que así como Cristo se habia apartado de los judíos obstinados y se habia dirigido á los gentiles, de la misma manera él parecia que encontraba la teología verdadera á despecho de la sofistería vetusta. No tardaron tampoco en ponerse de su lado casi todos sus colegas, y cuando concurrió en abril al capítulo general de su congregacion en Heidelberg para defender en discusion pública su «teología de la cruz» contra la «teología de la fama,» y á San Pablo y San Agustin contra Aristóteles, impuso notable respeto á su auditorio, bastante prevenido contra él, y algunos de los mas jóvenes hasta se entusiasmaron, como el fraile dominico Martin Butzer, que escribió á su amigo humanista Beato Rhenano que en aquella discusion se habia proclamado á voces lo que Erasmo se habia limitado á indicar.

En las cartas que Lutero escribió á su regreso de Heidelberg se observa mayor seguridad de sí mismo; y aunque en la dedicatoria de sus «Resoluciones» relativas á las noventa y cinco tesis, dirigida á Leon X, declara su sumision incondicional al fallo del Papa, que para él era el fallo de Cristo, lo que dice en las «Resoluciones» no corresponde á lo que dice en la dedicatoria. En efecto, en un pasaje se lee: «No me cuido para nada de lo que guste ó no guste al Papa; el Papa es un hombre como cualquier otro,» y al contestar al ataque de Prierio declara, conforme con el célebre canonista Panormitano, que tanto el Papa como los concilios pueden equivocarse. Lejos estaba de querer ser ni de creerse hereje, aunque tampoco temia parecerlo; pero al criticar la persecucion á sangre y fuego de los herejes y al proclamar desde